

PALABRAS DEI HOMBRE PEQUEÑO

Yo, que soy casi siempre
un hombre casi nunca conocido,
tono menor en todo, a veces medianía,
voy a deciros lo que pienso en torno:
Se aprende mucho con los hombres sabios;
es bueno, a veces, parecer absurdo,
conviene sonreir en ocasiones,
conversar de los libros que se editan,
dejar una palabra caída con desprecio,
estar en una esquina sumiso como un galgo,
callar cuando se abre la boca del presbitero,
a veces tener llena la frente de palomas,
los ojos y los labios humildes ante todo...

Se aprenden estas cosas hablando con los hombres,
pero uno queda siempre mortal bajo la luna.
Cuando los días tontos amanecen lluviosos
se acercan los lagartos— a veces las culebras —
y nos van recorriendo lentamente las manos.
Pensamos que hay muy lejos, tal vez en otro mundo,
otro mortal sufriendo de angustia semejante
y una idea amarilla se derrama en la sala.

Plegados en dobleces reposan los amigos,
las sombras del pasillo no pasan de la puerta,
si el cuerpo nos lo pide reimos lentamente
o a lo mejor dudamos de diferentes cosas.

Quisiéramos entonces tener una piragua,
colgarnos de una viga con gesto descuidado,
dedicarle un saludo al árbol de la esquina
o, tal vez, por decoro, matar un millonario.

Y mientras cosas tales, tenaces nos acuden,
sumidos en nosotros igual que gusanitos,
los hombres continuan sus múltiples negocios:
hablando de sus cosas, jugando a la baraja,
picando con un pico, guiando el automóvil,
durmiendo en la oficina, llevando los asuntos,
cortando con la pluma la pata de una mosca,
convenciendo a la gente para que haga un seguro,
visitando a un enfermo para ver si está muerto,
predicando sermones y diciendo resposos,
componiendo las leyes, fabricando injusticias,
defendiendo delitos, castigando a los malos,
llevando a los muchachos pequeños a la escuela
y tantas otras cosas como decir podría.

Y entonces uno piensa con tono convencido:
Después de todo, a veces, mejor es no estar muerto.

José FERNANDEZ ARROYO.